

PRELIMINAR

Instituto Latinoamericano de
Planificación Económica y Social
Santiago, julio de 1971

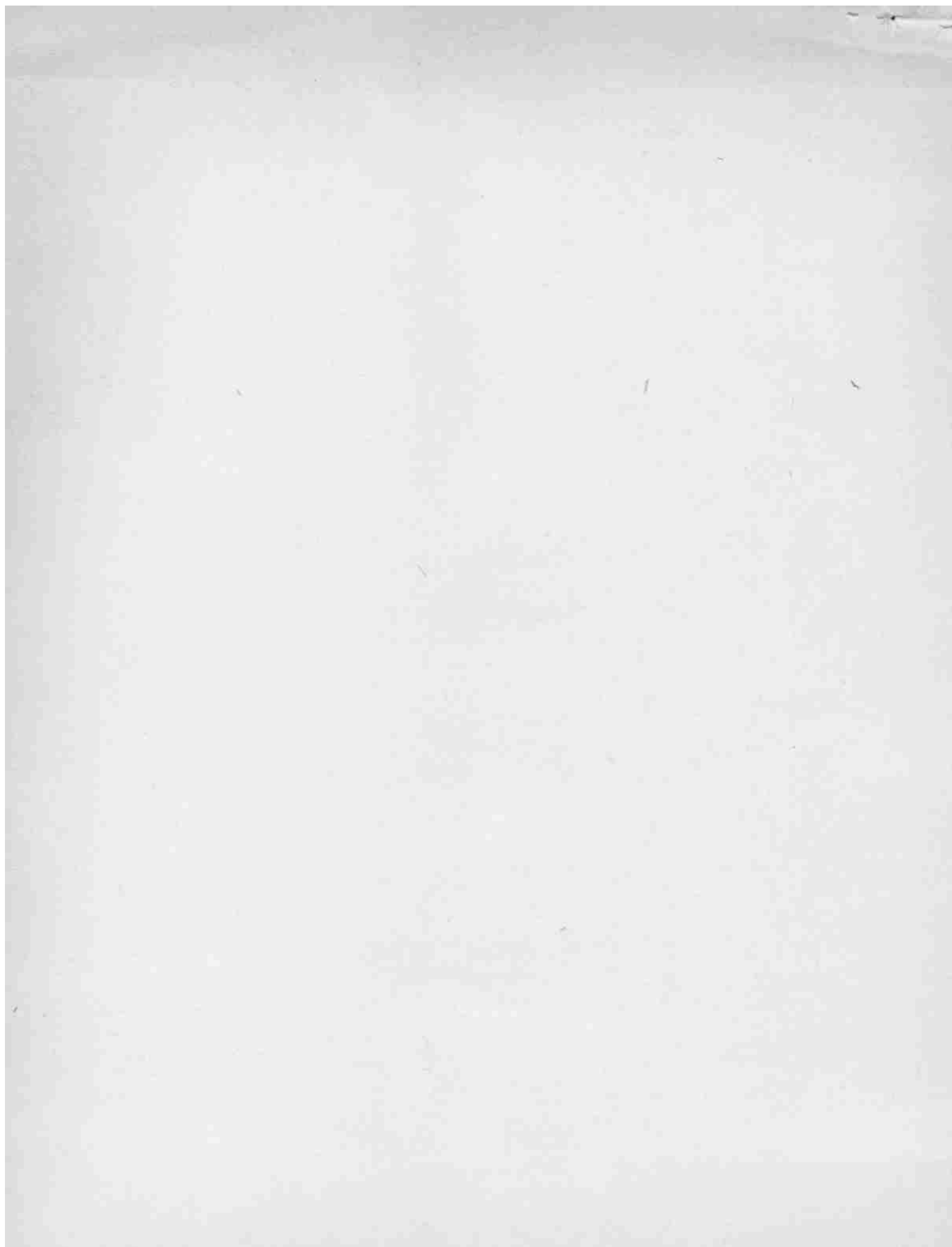
CURSO DE DESARROLLO Y PLANIFICACION, 1971
CDP/38

HISTORIA Y ECONOMIA: LA LARGA DURACION*

Witold Kula

* Copiado de Annales, N°2, marzo-abril, 1960 y solicitado para el
Curso de Desarrollo y Planificación, 1971.

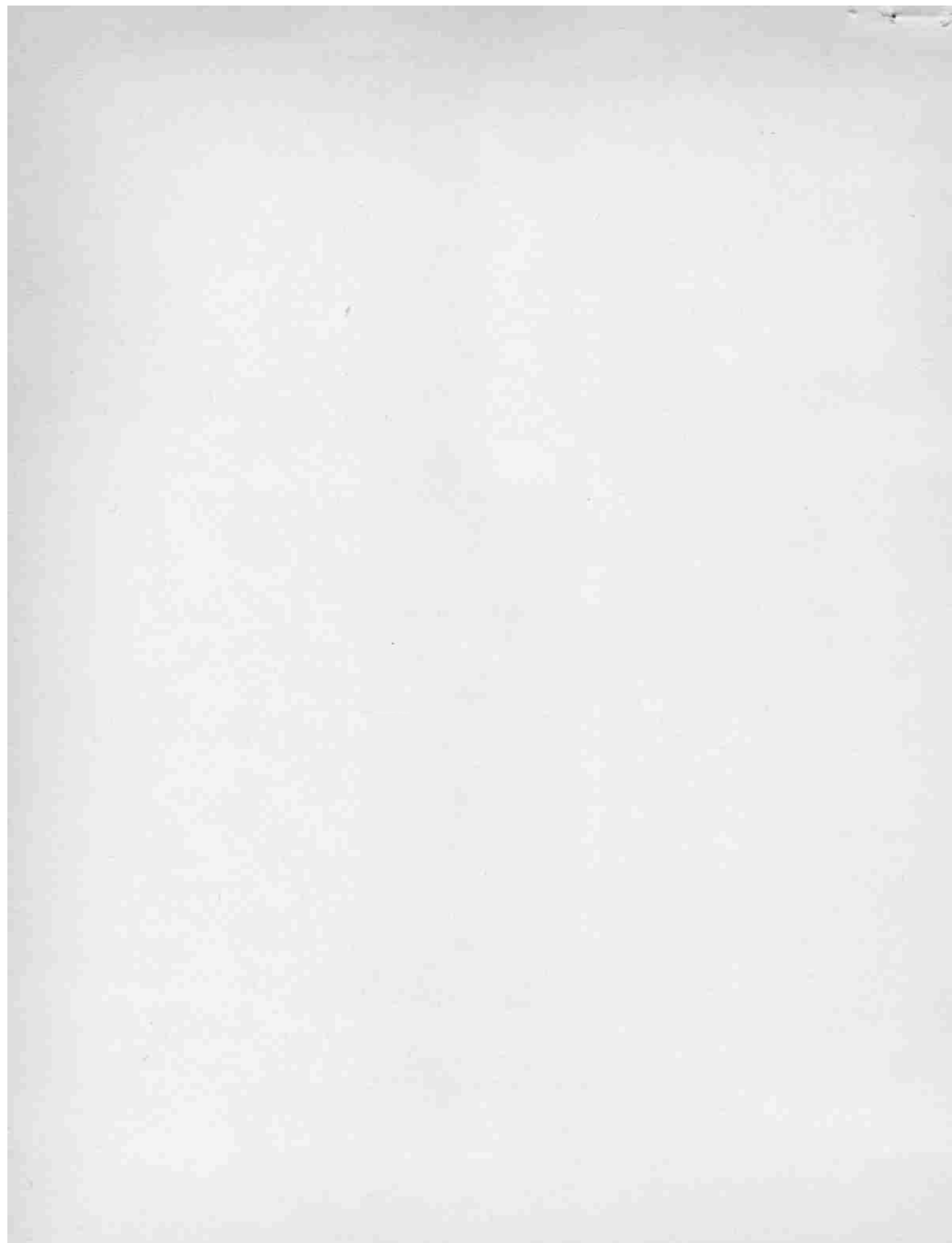
I-224-71-S



HISTORIA Y ECONOMIA: *
LA LARGA DURACION

Witold Kula

Copiado de Annales, N° 2, marzo-abril 1960.



HISTORIA Y ECONOMIA: LA LARGA DURACION

Introducción

"Hay una crisis general de las ciencias del hombre" escribe Fernand Braudel en un artículo (1) al que querría contestar en parte. Nadie dudará un solo instante de que esta crisis general sea, también, una crisis de la historia. Pero ¿es tan nuevo todo esto? ¿No es permanente esta crisis? ¿No ha existido siempre? En tiempos de Bodin y de Montaigne, como para Voltaire y Mably; ha existido igualmente en la época de la gran "Methodenstreit" alrededor de Karl Lamprecht; existe todavía cuando Henri Berr funda, en 1900, la innovadora Revue de Synthèse Historique, más todavía cuando Marc Bloch y Lucien Febre, diez años después de la finalización de la primera guerra mundial, fundan, en 1929, los ANNALES. Y existe incluso hoy, en el momento en que, treinta años más tarde, Fernand Braudel escribe su artículo. En realidad, es ese un signo precioso de vitalidad. Se puede decir de la historia y de las ciencias sociales lo que Raymond Aron dice de la sociología: "parece caracterizarse por una perpetua investigación de sí misma". ¿Qué única cosa que podría temerse para ella? ¡El momento en que, a su respecto, no hubiera más crisis!

De hecho, esta crisis es natural, necesaria, y el artículo de Fernand Braudel no es más que la expresión justa de las nostalgias y de las necesidades que experimentan hoy las diversas ciencias del hombre. No pudiendo menos, la violenta aceleración de la vida contemporánea, que voltear todas nuestras costumbres, comprendidas las de pensar, y orientar esas ciencias del hombre, tan flexibles todavía, hacia los vastos y urgentes problemas de cambio y evolución. Esta crisis no está solamente en nosotros, sino en el mundo que nos rodea y nos aplasta, ese mundo del que, desgraciadamente, no tenemos una noción muy clara. Nos abruman demasiadas publicaciones, de las que es difícil y hasta ilusorio levantar el peso creciente. Siendo así que lo que necesitaríamos es orientación lúcida.

/Mi intención

Mi intención no es volver a tomar toda la discusión, tal como se presenta en el artículo de nuestro colega, sino de escoger ciertos asuntos y mantenerme en ellos. Me colocaré, pues, en la articulación esencial de la historia y de la ciencia económica, y, aunque historiador y en manera alguna indiferente, por tanto, a nuestros propios problemas, trataré de llevar reconocimientos bastante numerosos sobre las tierras de nuestros vecinos. Por otra parte, siento, ante la obra de estos vecinos, una gran admiración. Pienso tal vez más que Fernand Braudel (que me lo perdone) que los economistas son atraídos por la larga duración y las comparaciones que ella exige y autoriza! Por otra parte, de este interés por la larga duración testimonian, por sí solos, estas palabras que repiten cada vez más: progreso, desarrollo, crecimiento; las tres señalan y retienen problemas de largo aliento. Colin Clark titula valientemente sus obras; Condiciones de progreso económico (2). Otros hablan de desarrollo, tomando así un seguro sobre el porvenir (3), otros todavía (4), escogen el término de crecimiento (growth), el menos irritante de todos respecto a la tradición positivista aunque chocante, a mi parecer, por ser demasiado biológico. Pero prácticamente, en los límites de los problemas tratados, la diferencia entre estas posiciones se hace insignificante (5). Una cosa, en cambio, es cierta: esta problemática constituye una plataforma que proporciona un punto de encuentro entre economistas e historiadores. Exige, en efecto, la aplicación conjunta de los métodos de nuestras dos disciplinas, su colaboración obligatoria tanto más fecunda cuanto que cada una aporta a la obra común una formación y virtudes profesionales diferentes.

I. CAMBIOS SOBREVENIDOS EN LAS CIENCIAS ECONOMICAS

Pienso que Fernand Braudel subestima los cambios sobrevenidos, desde 1945, en las ciencias económicas cuando habla de economistas "prisioneros de la más corta actualidad ... atrancados por esta restricción temporal".(6) Fue infinitamente cierto durante las generaciones que siguieron inmediatamente a Ricardo; el pensamiento económico oscilaba entonces entre esos dos extremos: la abstracción a-histórica y el historicismo a-teórico. De un lado, especulaciones fuera del tiempo y del espacio, manipulando sin demasiada pena un homo economicus extratemporal, incluso cuando, formalmente, esta abstracción era negada; del otro, una descripción convertida en fetiche, remitiendo a las calendas griegas toda explicación general (7).

Pero esos son antiguos juegos. Las ciencias económicas han sufrido un choque enorme durante estos últimos años. Ciertamente, desde un punto de vista cuantitativo, la producción de los economistas sigue estando dominada, todavía hoy, por el dato descriptivo y micrográfico de la actualidad: no obstante, ¿somos nosotros, historiadores, los que tenemos derecho a lanzarles la primera piedra? Por otra parte, se han manifestado cambios decisivos bajo el impulso principal, aunque no exclusivo, de tres factores: los cambios sobrevenidos en la economía capitalista, el vuelo de la economía socialista, el "descubrimiento" de la economía de los países subdesarrollados.

Los cambios sobrevenidos antes de la segunda guerra mundial, en el interior mismo del capitalismo, condujeron a tentativas para hacer más conforme con la realidad observable el esquema tradicional: pensamos principalmente en la teoría del mercado imperfecto, descubierta simultáneamente por Joan Robinson (8) y Edward H. Chamberlin (9), independientemente el uno del otro, pero bajo la presión de una misma necesidad vital. Su esfuerzo apunta al realismo, incluso si por el camino han sacrificado a la especulación abstracta. Puesto que en la misma proporción en que está permitido discutir en qué medida un esquema fundado sobre la idea de la concurrencia perfecta refleja o no la realidad económica del capitalismo durante el período llamado de libre concurrencia, se hace evidente la inadecuación de ese esquema cuando se trata de los últimos treinta años que hemos vivido. El realismo de la teoría de la concurrencia imperfecta o del monopolio consiste en el hecho de que tiene en cuenta esta inadecuación.

/Creo que

Creo que esta cuestión es importante, aunque los historiadores la subestimen. Una economía próxima al modelo de la concurrencia perfecta es un fenómeno extremo, raramente registrado por la historia. Los teoremas fundados sobre este modelo pueden ser utilizados por los historiadores que estudian la economía capitalista del siglo XIX. Pero aplicados a otras realidades económicas - ¡y lo son! - no pueden conducir más que a equívocos.

Al contrario, el modelo de la concurrencia imperfecta corresponde a una realidad frecuente. Las especulaciones fundadas sobre ese modelo pueden ser, por tanto, utilizadas por una mayoría aplastante de historiadores (10).

Eso no es todo. La realidad económica del capitalismo durante la gran crisis del 29, la guerra y la postguerra, ha puesto en el orden del día la intervención gubernamental en una escala jamás puesta en práctica todavía. La intervención gubernamental trajo, a su vez, tres importantes cambios en el dominio de la teoría: la emancipación de la macroeconomía; la orientación hacia las investigaciones empíricas; en fin, la tendencia hacia las investigaciones de la larga duración.

La suma de la teoría del tiempo corto, microeconómico, sigue siendo, a nuestros ojos, el manual de Marshall (11). La emancipación ganada en dura lucha, de la microeconomía es obra de Keynes. (12). La orientación hacia el empirismo triunfa con la formación de la econometría. Las investigaciones sobre la larga duración, muy alejadas todavía, confesémoslo, de la fase de las conclusiones teóricas, han conquistado igualdad de derecho en el dominio de las investigaciones económicas. (13)

Ahora bien, hasta ahí, los teoremas fundados sobre las especulaciones microeconómicas habían sido de poca utilidad para los historiadores. Teóricamente habrían podido serles útiles en casos precisos (por ej. para la historia de las empresas), pero prácticamente se revelaban decepcionantes, fundados sobre una psicología bastante simplificada del comportamiento, (14) inaplicables a las sociedades complejas que estudiamos los historiadores. Esta verdad, conocida hace mucho tiempo por los sociólogos (que los hechos sociales no son una simple suma de los individuales) ha terminado, no sin encontrar resistencias, (14 bis) por abrirse un camino a través de las diversas teorías económicas (15). Pienso que tampoco este viraje ha sido estimado en su justo valor por los historiadores.

/¿En estas

En estas condiciones, no revisten para el historiador el máximo interés el empirismo de la economía moderna y, particularmente, la formación de la econometría? Este no sabe qué hacer de los análisis abstractos que se le proponían ayer, mientras que la econometría le ofrece el medio, precioso entre todos, de trabajar sobre un material empírico. Los métodos econométricos exigen, evidentemente, una documentación muy rica en las fuentes y especialmente adaptada a sus necesidades. Sin embargo, no lo olvidemos: primeramente, cada año que pasa alarga otro tanto el período histórico bien dotado de documentos; incluso no disponiendo más que de un material pobre, la econometría puede sacar más conclusiones seguras, o al menos, probables, que lo que puede hacer un historiador medio, formado como lo está habitualmente. (16)

El viraje más decisivo para las ciencias económicas modernas, ha sido sin ninguna duda, la entrada en la ciudad económica de la teoría del desarrollo y del crecimiento. Pero, para abordar esta cuestión, nos es preciso aclarar primeramente la teoría de los "modelos".

No es por azar que Keynes, al publicar su magnum opus, lo ha titulado General Theory. Estimaba que su teoría valía verdaderamente para un orden universal, lo que, en todo caso, era mucho más cierto, sin duda que las teorías a las cuales se oponía. Sus límites, sin embargo, fueron denunciados y reconocidos, no tanto por otros sabios, como por la vida misma; en particular, por el hecho de que, durante la guerra y la postguerra, la economía mundial ya no ha sido dominada, de una manera permanente, a pesar de sus dificultades y contradicciones, por un paro masivo (17).

En realidad, Keynes, que había tenido más bien tendencia a desdeñarlo, no había concedido interés al problema de la larga duración. Sus numerosas alusiones a la historia tienen, más bien, un carácter de ornamento, sin ningún lazo orgánico con la estructura fundamental de su pensamiento. Pero significan, sin equívoco alguno que estimaba como una "fascinating task to rewrite economic history in the light of those ideas" ("fascinante tarea es volver a escribir la historia económica a la luz de aquellas ideas"), y ello, desde los sumerios y los faraones de Egipto (18).

La profunda transformación de la economía capitalista durante la década del 30, había puesto en el orden del día, sin embargo, la cuestión de los límites históricos (es decir, temporales y espaciales) de la aplicación de las teorías. Añadamos a ello el inmenso interés suscitado por el auge de la economía socialista y los problemas de los países atrasados. Era demasiado evidente que la mayor parte de las teorías hasta entonces aplicables a la "sociedad capitalista", no lo eran a la economía socialista. La necesidad de estudiar el funcionamiento y el ascenso de ésta, obligaba a crear nuevos modelos. Pero se necesitaba también nuevos modelos, para el estudio de las economías atrasadas, aunque capitalistas. Y, para volver a la teoría de Keynes, pronto apareció que tampoco encontraba aplicación en esos países en que existía, es verdad, una presión del paro permanente, pero donde la economía de los mercados, del mercado de capitales en particular, se encontraba en estado embrionario. Ya que el modelo de Keynes trataba de una economía en que no solamente la masa de la mano de obra, sino tampoco la de los medios de producción (las máquinas) no alcanzaban jamás el empleo total, pero no es ahí donde se encuentra la dificultad para las economías atrasadas. (19

Aunque conduciendo a la "historicización" de las ciencias económicas, estos desarrollos han encontrado su conclusión sobre otra vía, en la construcción de "modelos". La justeza de una teoría depende de la medida en que la realidad a que se aplica se encuadra en una serie de datos aceptados a priori; estos constituyen el modelo. Y las cuestiones que se presentan, son las de saber dónde y cuándo se establece este acuerdo ¿Dónde? y ¿cuándo? he ahí lo que nos hace entrar inmediatamente en el dominio y la problemática de la historia. Y, sin embargo, no hace todavía mucho tiempo, estas cuestiones esenciales, aunque corrientes en la economía descriptiva banal, no tenían derecho de acceso al templo de la teoría.

La transformación económica del mundo, la intervención creciente de los factores públicos en la vida económica, la idea que apunta por todas partes, de hacer viable la economía de los países atrasados, todo acaba por presentar a las ciencias económicas una pregunta nueva antes impensable: ¿cuál es el objetivo de una política económica? ¿Y, por tanto, de la economía misma? Para el antiguo liberalismo el problema se presentaba bajo una forma simple:

/dado que

dado que el fin de la economía es la satisfacción de las necesidades (esta definición parecía clara por sí sola) y que la economía liberal asegura la mejor repartición de las fuerzas y medios de producción, esta economía liberal asegura igualmente el más alto grado, la satisfacción de las necesidades. Keynes percibió tanto la falta de realismo de estas afirmaciones como la incompatibilidad entre varios fines confesados de la economía. Frente al mundo occidental permanentemente atormentado por el paro, hizo una elección, entre los objetivos de la economía, poniendo a la cabeza el empleo total. Pero tal elección sólo era un dato más que se añadía a los elementos constitutivos de un modelo. Y un dato, bien entendido, que no puede pretender a esta rara virtud de la aplicación universal (20).

En fin, lo mismo que las ciencias económicas han descubierto, a su vez, que los hechos sociales no son una simple suma de hechos individuales, han encontrado asimismo que las transformaciones evolutivas de larga duración son en manera alguna, como podría sugerirlo el mero sentido común, una "integración pura y simple de los procesos de corta duración" (21).

Como lo dice François Perroux, "el crecimiento no tiene significación... más que como fenómeno de transformación de las estructuras, del que no se puede dar cuenta por la historia de una cifra única." (22)

En suma, el proceso de la evolución es, pues, un proceso de transformación de los modelos, que exige que, en cada etapa, se cambien los datos utilizados para estudiarlo. Keynes no ha hecho más que desdeñar la problemática de la larga duración; de hecho, el sistema que ha creado es, a pesar de las apariencias, estático. Haber considerado la "propensity to consume" y la "propensity to save" como variables independientes, significa que construye un modelo correspondiente (aproximadamente) a una etapa particular de una civilización históricamente determinada (23).

Así, la construcción de los modelos conduce, a sabiendas, a la idea de que todo análisis económico se desarrolla en el cuadro de ciertos datos, obligatoriamente hechos evidentes; al lado de lo cual, se afirma la idea de que los resultados de este análisis no son valederos más que en la medida en que esos datos corresponden a la realidad; en nuestra opinión es ese un importante progreso cumplido hace veinte años en el dominio de las ciencias económicas, en adelante más utilizables que ayer para el historiador.

II. EL PASADO ACLARA EL PRESENTE

"La única lección que ella (la historia) pretende dar, es que no hay lecciones de la historia". (24) La fórmula suena bien; pero es justa? Cuando, por ejemplo, un diario cita en un informe de la conferencia de Acra, esta consigna: "¡no dejemos balcanizarse al Africa Negra!" es que el historiador no se siente llamado a reflexionar" Es que el pasado o, al menos, nuestra idea del pasado, la idea de que un día los Balcanes se han balcanizado, no constituye una "lección", que, si no llega a inspirar el sentido común o la prudencia a los hombres, les advierte, al menos, de cierto peligro? No hay ahí una lección que, de una u otra manera, actúa efectivamente sobre nuestro comportamiento?

Todo depende, ciertamente, de la manera en que se entiende la palabra lección. Si, por ejemplo, significa un legado de la experiencia, o un estimulante racional que actúa sobre el comportamiento, entonces, la historia da, sin duda, tales lecciones.

En cierta medida, el pasado explica bien el presente, digan lo que digan los filósofos y los metodólogos. Negarlo totalmente sería admitir la negación de toda ciencia de las sociedades, puesto que sabemos solamente lo que nos enseña la historia.

El vuelo de las ciencias humanas, el de las ciencias económicas en particular, aporta abundantes ejemplos de ello. Consideremos más de cerca el caso más elocuente: el desarrollo económico de los países atrasados.

Las publicaciones sobre este punto se multiplican desde hace más de diez años y cada año aporta una nueva ola. Todas tocan a esta cuestión central: los países que en nuestros días, emprenden una obra de industrialización ¿están o no en la obligación de rehacer todo el camino recorrido en otro tiempo por los países ya industrializados? O, más precisamente ¿cuáles son, entre las etapas recorridas por los países antiguamente industrializados, las que se revelarán obligatorias, las que serán imposible repetir y las que, en fin, al precio de una suma de esfuerzos necesarios, se podrían eventualmente saltar?

Sobre esta base, centenares de trabajos intentan aportar a la vida el consejo de la ciencia; sobre esta base, naciones enteras establecen sus planes

/de acción.

de acción. Y cómo podrían actuar de otra manera? Sobre qué podrían fundar su ciencia de las transformaciones en curso, sino sobre el conocimiento de las transformaciones análogas que, en otros países se han efectuado ya?

El tránsito de la civilización preindustrial a la civilización industrial, hecho fundamental de la historia de los dos últimos siglos y de hoy, debe ser analizado en toda su extensión: todos los casos, sean cuales sean, deben ser sometidos a nuestro microscopio. Por supuesto, que cada uno de estos recorridos reconstituidos será "otro"; pero es seguro también que un análisis escrupuloso puede destacar: elementos universales comunes a todos; elementos típicos para ciertas categorías; elementos demasiado particulares para ser respetables.

El carácter necesario de algunos de estos elementos resalta de su misma definición: el proceso de la acumulación de la renta y el de su división en renta de consumo y renta de acumulación; la adaptación de las nuevas técnicas a un medio tradicionalista; el estallido de los pequeños grupos sociales (los municipios rurales) y la formación de grandes aglomeraciones; el acrecentamiento de la movilidad social..., para no citar más que algunos ejemplos de los que se ven enseguida las inmensas consecuencias. Pero un análisis más a fondo permitiría demostrar que los elementos universales, están por su parte, ligados a ciertas estructuras determinadas y que un principio de interdependencia podría igualmente ser extraído a propósito de ellos.

He ahí en qué sentido corren esas ciencias sociales cuya importancia se obstinan en subestimar los historiadores. Hace seis años, Simón Kuznetz estableció un muy bello proyecto de estudios internacionales sobre las estructuras, aunque su plan nunca fue puesto en ejecución (25). W. Rostow razona de la misma manera (26). Y siguiendo el mismo método se establecieron los programas de las conferencias internacionales (27) y nacionales (28). Siguiendo también esos principios ha sido concebida la selección de materias de una nueva publicación periódica especializada fundada hace poco (29). Y es también así como se redactan ya los manuales (30). De ello resulta una mejor comprensión del papel de la cultura histórica en la formación de economistas modernos - completamente descuidada durante los años 1930 y 1940 (31).

/Son todavía

Son todavía poco numerosos los historiadores que se han dado cuenta de este nuevo desarrollo de las ciencias económicas. Y es lástima. Podrían ganar mucho viendo la utilización que se hace de sus propios trabajos; podrían, además, aportar su contribución (32) a esas nuevas investigaciones y, puesto que la virtud profesional del historiador es el sentido crítico, ayudar particularmente a seleccionar un material digno de fe (33).

Las investigaciones destinadas a establecer una síntesis introductiva han sido seguidas por las que tratan de formular una periodización (Rostow) y una clasificación (34). Cuando Ricardo, Sismondi e incluso Marx, estudiaban el proceso de la industrialización, apenas tenían a su disposición más que un sólo caso histórico: el de Inglaterra. Hoy, los procesos ya terminados o en vías de terminación son numerosos. Pueden establecerse, por tanto, a la vez, síntesis, y clasificaciones.

Es cierto que, entre los sabios que se inclinan sobre los hechos contemporáneos ligados a la industrialización, hay muchos que subestiman la materia histórica. Sea porque sus informaciones no les parecen utilizables en las condiciones actuales, sea porque la pobreza y la imprecisión de las fuentes documentales les parezcan prestarse mal al análisis. Vale más, piensa, recurrir a un material contemporáneo, perfectamente adaptado a sus necesidades.

A esta actitud pueden oponerse algunas objeciones. Primeramente, no está en manera alguna probado que estemos peor informados sobre el pasado (35) que sobre el presente. Es seguro, en cambio, que es muy difícil observar en caliente. Además, la supuesta pobreza del material documental concerniente al pasado no es, frecuentemente más que una ilusión óptica; si las fuentes no son interrogadas no pueden ser elocuentes. Por último, la facultad que se posee hoy de alargar las series - facultad que no existe cuando se trata de países que no hacen más que comenzar su industrialización - abre posibilidades de análisis en otro tiempo inconcebibles.

Por tanto, el pasado aclara, en cierta medida, el presente. No lo explica nunca sin más, pero no se puede hacer abstracción de él si se quiere alcanzar explicaciones completas. Sería importante no olvidar esta verdad básica.

/III. El

III. EL PRESENTE ACLARA EL PASADO

Frecuentemente se han burlado de esta célebre frase: "la historia se hace según los documentos". Esta frase, en efecto, es criticable, incluso desde el punto de vista formal. Si todo vestigio del pasado, todo producto del pasado, constituye una fuente histórica, la más importante de esas fuentes es aún nuestro presente, en tanto que producto del pasado. ¡Es la más rica y la menos utilizada de las fuentes históricas! En este sentido, el presente puede servir para explicar el pasado; M. Bloch y L. Febvre siempre lo han proclamado.

Pero el presente puede servir para explicar el curso del pasado en un sentido todavía más particular. Volvamos a nuestro ejemplo de los orígenes de la revolución industrial. Si se admite que todos los casos históricos que han contribuido a su formación constituyen una categoría de hechos, con cierto número de rasgos comunes, lo mismo que el pasado explica el presente, el presente puede servir para aclarar el pasado.

Acabamos de criticar la tesis que adelanta la indigencia de las fuentes históricas. Pero es cierto que incluso la más rica documentación es impotente para informarnos sobre una serie de hechos que nos interesan. Ora estos hechos han parecido demasiado naturales a los contemporáneos para tomarse la pena de anotarlos, ora no tenían los medios ni el ocio de hacerlo, ora las notas se han perdido. Frecuentemente, también, el horizonte cronológico humano, encerrado como está en los límites de una o dos generaciones a lo sumo, resulta demasiado estrecho para permitir la percepción de determinados fenómenos. En este sentido, los que interrogan la realidad contemporánea tienen la posibilidad, imposible para el historiador de crear ellos mismos sus fuentes y de poder hacer preguntas al presente, a las cuales el pasado no respondería en absoluto.

Tomemos, por ejemplo, la estructura del mercado local en una economía preindustrial. ¡Es muy difícil aclarar este problema en el cuadro de la historia! De los protagonistas principales: el campesino que lleva su mercancía, el pequeño comerciante urbano, el ama de casa que compra, ¡ninguno lleva cuentas, sin ningún miramiento para los investigadores del provenir! Sin embargo, ¡cuántos de estos mercados locales tienen lugar

/todavía y

todavía y muy cerca de nosotros, en las sociedades preindustriales! Nadie debe, ciertamente, sacar conclusiones para aplicarlas al pasado sin la mayor circunspección (36); sin embargo, se puede. Estoy convencido de que a cualquier historiador de la economía, interesado por una sociedad preindustrial del pasado, le chocarían los análisis de lo que pasa hoy en la economía de algunos países atrasados. Lo que pasa muy frecuentemente es que no lee esos análisis. Por supuesto, no se trataría de trasponer directamente al pasado las informaciones que ellos procuran, sino de buscar lo que podría llamarse el sentido de la interpolación. Todo historiador efectúa a cada momento interpolaciones (completando las lagunas de su documentación o llenando de imágenes el vacío entre dos fuentes). Lo hace sobre la base de un supuesto conocimiento general del tema: no es éste el caso?

Cuando tomamos conocimiento en nuestros días, gracias al ejemplo de la India, de lo que son las primeras etapas de una industrialización, las dificultades que encuentra la adaptación de las nuevas técnicas, la manera en que se efectúa el estallido de las pequeñas comunidades (incluyendo las consecuencias psicológicas, morales y sociales que resultan de la sustracción del individuo al control permanente y perspicaz del grupo pequeño); cuando consideramos el conflicto de los principios tradicionales y de la modernización, la formación de un mercado interior de escala nacional, la aparición de la solidaridad nacional (con las manifestaciones de nacionalismo que, a veces, la acompañan), ninguna duda es posible: ¡el presente explica la historia! Luego, una vez más: ¡recurramos a la larga duración!

IV. COMPARABILIDAD EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO

Fernand Braudel, hablando de la larga duración, no apunta únicamente a los hechos cuantitativamente mensurables. Pero estos últimos, en mi opinión, ofrecen un excelente campo de análisis por lo que respecta a ciertas dificultades metodológicas ligadas precisamente a las investigaciones de la larga duración.

Por ejemplo, el problema de las series largas (36 bis). Ni que decir tiene que el alargamiento de las series acrecienta las posibilidades de análisis. Puede decirse que una serie dos veces más larga que otra, con tiene, a causa de ello, mucho más que posibilidades dobles de análisis (37). Para los estadistas modernos, esa es verdad evidente.

Pero una transferencia pura y simple de esta teoría al plano de la historia, choca con grandes reservas cuando se trata de longitudes de series muy grandes. "El análisis histórico-estadístico se esforzará en buscar elementos invariables en un mundo económico sometido a la variación", escribe con razón Simón Kuznetz (38). Cada estadista sabe que una masa estadística sometida al estudio requiere una homogeneidad perfecta. No pueden meterse en la misma bolsa los salarios de todos los obreros de la construcción de un país si, en ese país, existen, al lado unos de otros, obras campesinas que construyan en madera, obras urbanas que utilizan el ladrillo y, para concluir, talleres de montaje de elementos prefabricados. "El salario medio" de un obrero de la construcción no significa gran cosa en tal país y su aumento, de un año a otro, puede cubrir un número incalculable de combinaciones posibles. Henri Hauser ha demostrado varias veces, con una especie de alegre encarnizamiento, la variabilidad histórica de los productos de que tratamos de establecer el precio en diferentes épocas (39). Es difícil, desgraciadamente, no darle la razón. Con ocasión de una publicación reciente, se ha demostrado que hasta un producto en apariencia tan estable como el carbón es, de hecho, variable con el tiempo y que la hulla extraída de las minas actuales no es la misma que la que se extraía en el siglo XVIII (40). Pero es inútil multiplicar los ejemplos: se encuentra el mismo fenómeno a propósito de cada serie larga.

/ Nos encontramos,

Nos encontramos, pues, ante un dilema: alargando la serie aumentamos teóricamente las posibilidades de análisis que contiene; pero, al mismo tiempo, arriesgamos la pérdida cada vez mayor de la homogeneidad de esta serie. Podemos, pues, sacar un número cada vez mayor de conclusiones, aumentando otro tanto nuestros riesgos de error.

Una vez más, no nos servimos de magnitudes cuantitativas más que a título de ejemplo. Son numerosos los que las consideran como las más simples y seguras; pero, de hecho, manifiestan todas las dificultades que pueden encontrar las investigaciones comparativas.

El problema de las series largas y el de su homogeneidad vuelve a poner, por tanto, en el orden del día la cuestión de la comparabilidad en el tiempo. Pero, teóricamente hablando, la comparación en el tiempo no difiere esencialmente de la comparación en el espacio (comparación de elementos seleccionados en dos contextos sociales diferentes). Ahora bien, las ciencias económicas han obtenido, en el curso de estos últimos años, realizaciones muy importantes en el dominio de las comparaciones espaciales (internacionales). Vale más, por tanto, examinar las dos cuestiones conjuntamente.

Hace ya mucho tiempo que comenzó una querrela entre los optimistas de la investigación, convencidos de que siguen siendo posibles las comparaciones científicamente fundadas, y los pesimistas, que son de opinión completamente opuesta. La primera etapa de esta polémica fue cerrada por las conclusiones optimistas de Pigou (41) y el violento ataque que Colin Clark (42) dirigió contra los pesimistas. Pero esta violencia no detuvo la polémica; Corrado Gini se declaró, en efecto, un pesimista convencido (43) y todavía últimamente, S.H. Frankel (43 bis) ha aportado a la misma tesis argumentos espectaculares y que tienen tanto más interés para los historiadores cuanto que se fundan sobre el análisis de las economías de las sociedades atrasadas. A su vez, los optimistas criticaron las tesis así formuladas (44). Y la discusión sigue abierta.

El historiador debe, a nuestro juicio, tomar posición frente a esta discusión. Los argumentos de los pesimistas no carecen de solidez. Así, Colin Clark no tiene en cuenta, en su razonamiento, toda una serie de hechos; por ejemplo, éste, elemental, de que una sociedad puede conocer artículos de

/producción y

producción y de consumo que otra sociedad (o la misma en una época anterior) no conoce; igualmente, las condiciones climáticas diferentes ocasionan, en sociedades diferentes, necesidades diferentes, por lo que respecta a la calefacción, los vestidos o la alimentación.

Por supuesto, ninguna tesis pesimista resiste a la crítica. Las de Gini, en particular, levantan un gran número de objeciones. No nos detendremos, con él, en el problema de la relación entre el bienestar material y la felicidad. Sus observaciones sobre la posibilidad de una felicidad ligada a una muy pequeña renta (observaciones que, sin ser nuevas, ¡se tiñen de un matiz particular cuando se trata de los países económicamente atrasados!), su visión de las sociedades primitivas que poseen, dice, todo lo que necesitan por don de la naturaleza y no tienen ninguna necesidad de rentas - he ahí que nos deja poco convencidos. No tomaremos tampoco en serio, la afirmación de que una sociedad subdesarrollada apreciaría mejor el amor y la belleza que una sociedad avanzada, ¡es seguramente menos pobre de lo que parece cuando se hace intervenir únicamente el cálculo de la renta nacional!

Pero los pesimistas tienen argumentos más serios. Cuando hay desarrollo económico su primer efecto es acrecer la masa de bienes y la de servicios lanzados sobre el mercado, ya se trate, por otra parte, de producción o de consumo. Prácticamente, el problema se reduce a dos aspectos: el del consumo familiar de los productos agrícolas obtenidos en una explotación rural y el de los servicios. Comparando, desde ese punto de vista, sociedades de un nivel económico diferente (sea en el tiempo, comparación histórica, sea en el espacio, países industrializados y no industrializados de hoy), se llega al dilema siguiente: o bien no se tiene en cuenta el consumo familiar ni los servicios - y entonces los resultados de la encuesta serán falseados; o bien, para tenerlos en cuenta, es preciso que se los estime en dinero, lo cual no puede ser más que arbitrario (45).

Es cierto que los estadistas han elaborado una serie de métodos que teóricamente permiten la conversión de los bienes y los servicios en dinero (46). Pero todos estos métodos, destinados a expresar en moneda una parte no monetizable de un presupuesto nacional, no concluyen más que en presupuestos ficticios, sobre todo, cuando se trata de países atrasados o del pasado. Puesto que, cuanto más atrasado es un país, mayor sitio del presupuesto nacional ocupa esta parte.

/Ahora bien,

Ahora bien, si verdaderamente todos los bienes y servicios pasaran realmente por el mercado, los precios serían, por ese mismo hecho, muy diferentes (46 bis). Si se lanzara sobre el mercado de un país preindustrializado toda la reserva de mano de obra fijada por la economía doméstica, los salarios bajarían en una inmensa proporción. Luego, la estimación de servicios domésticos, según los salarios que obtiene la pequeña fracción de la mano de obra que pasa realmente por el mercado, es tan mal fundada como imposible de evitar. Si se renuncia a esta estimación, la renta nacional de un país atrasado aparecerá más pequeña de lo que es en realidad; en el caso contrario, aparecerá mayor.

El presupuesto así obtenido es también ficticio, porque supone la existencia de lo que, precisamente, no existe: principalmente la libertad de elección para el consumidor. La estructura del consumo es susceptible de revelar la estructura de los valores sociales, únicamente a condición de que el consumidor tenga una libertad de elección. ¿A qué consagra lo esencial de su renta? ¿Qué sacrifica en caso de disminución? ¿Por qué es atraído en caso de aumento? ¿Qué relación hay entre la respuesta que da a estas cuestiones y su medio social? Todos estos problemas son apasionantes desde el punto de vista de la investigación, a condición de que la libertad del consumidor sea real (47). Si la renta monetaria de una nación (o de un grupo social o de una familia) es X y la renta total comprendiendo los valores no monetarios $X + n$, está claro que si el poseedor dispusiera de un presupuesto equivalente al $X + n$ en moneda, ¡lo gastaría de otra manera! Pues bien, la parte del presupuesto representado por n no es libre. No hay libertad de elección; se produce lo que se puede, se consume lo que se tiene (48).

Por otra parte, es seguro que la libertad de elección de una unidad económica es siempre un hecho muy complejo. Si se trata, por ejemplo, de un consumidor individual, está determinado por la orientación de la producción, la publicidad, la presión de los modelos elaborados por las costumbres sociales. Pero esta determinación no constituye en manera alguna un obstáculo para nuestras investigaciones, al contrario. Si no hubiera modelos sociales, no obtendríamos más que resultados anárquicos, sin ninguna regularidad: es haciendo aparecer regularidades como llegamos a conocer la jerarquía de valores en una sociedad. Y es lo que buscamos

/conocer, con

conocer, con sus variedades, sus variaciones. Ahora bien, si ella debe servirnos de material, es preciso aislarla artificialmente, de manera que aparezca como única determinante de los actos de elección de los hombres.

No son esas, sin embargo, las únicas dificultades que entran en juego, cuando se trata de series largas. Hay también la aparición o desaparición de datos que, en otros momentos de la encuesta, no poseen ningún correspondiente (49). Se trata ahí, no solamente de la calidad material de los bienes producidos o consumidos, sino, ante todo, de su significación social y, también, de la significación social de las diversas formas que toman las relaciones de los hombres entre sí.

Inclinémonos todavía sobre otro ejemplo. El ciclo capitalista es un hecho relativamente reciente. Sin embargo, es sumamente difícil medir matemáticamente cuál de las dos depresiones económicas de los Estados Unidos, la de 1873 o la de 1929, fue la más fuerte (50). Y, no obstante, nos hallamos en presencia de hechos eminentemente mensurables, al menos en principio, ricamente documentados y de los que, por lo demás, todo el mundo mide la gravedad por la vía del simple sentido común, ¡sabiendo en forma pertinente que la más fuerte de las dos crisis fue la de 1929!

Si nos hemos detenido tanto sobre estas cuestiones es para demostrar las dificultades que encuentra el método comparativo, incluso cuando se trata de un orden de magnitudes interfiriendo entre dos situaciones sociales mensurables, relativamente fáciles de aprehender.

Lo que vale para las comparaciones en el espacio vale igualmente, con algunas pequeñas modificaciones, para las comparaciones entre dos momentos de una misma sociedad (51).

Bien entendido que las dificultades disminuyen cuando son comparados dos países cuyos modelos de civilización se parecen, o bien dos momentos cercanos de un mismo país. Pero el tiempo social tiene, como se ha dicho, longitudes muy variables; por ejemplo, los diez años de nuestro siglo que acaban de transcurrir, los años de la generalización de las materias plásticas, de la penicilina, del radar, de la teledirección, de la televisión, de la automatización, se presentan como un período suficientemente largo para que

/se efectúen

se efectúen en su límite investigaciones sin encontrar dificultades mayores. Pero son comparaciones sobre duraciones más largas las que nos interesan.

Los técnicos de la estadística buscan soluciones empíricas basadas sobre el sentido común para salir del atolladero. Algunos de ellos consideran estos métodos empíricos como un mal necesario, otros ven en él, al contrario, la piedra filosofal de la metodología, proclamando su desconfianza hacia todas las tentativas de profundización por la vía teórica y abstracta. No sería más justo dar vuelta al problema y, en lugar de buscar una comparabilidad teórica por la unificación de las técnicas, informarse de técnicas específicas aplicables a los diferentes modelos de las sociedades estudiadas? (52). Esta cuestión, en apariencia puramente técnica, se mantiene empero en relación con una aprehensión humanista de las transformaciones sociales; y eso, tanto en la teoría y en la práctica como en la manera de estudiar esas transformaciones, de actuar sobre ellas. ¿Para un economista, es fácil decir que el deber consiste en calcular cómo cambia la repartición del consumo! En cuanto a saber si la sociedad gana o pierde o cambia... "nor is it our job!" (53). ¿Satisface esta actitud a la sociedad? ¿Satisface sobre todo a los sabios que son, por naturaleza, gente curiosa?

Tomemos un último ejemplo. En el curso de sus investigaciones sobre la economía de los países atrasados, los economistas descubrieron una serie de comportamientos sociales completamente diferentes de los que tenían la costumbre de considerar como normales: así, el despilafarro como manifestación de riqueza (54), actitud sorprendente para el economista acostumbrado a considerar que todo sobrante debe ser invertido. Pero el historiador, que se acuerda con qué desprecio Samuel Pepys contaba, en su diario, el despilfarro de los aristócratas; que conoce el modo de vida de los magnates polacos del siglo XVIII, o aún las proverbiales liberalidades de los príncipes rusos que viajaban por Europa en el siglo XIX, está familiarizado con el hecho. Igualmente, si la tribu de los Wahabis, en Arabia Saudita, prohíbe el préstamo a interés (55), se trata de un hecho bien conocido para el historiador de la economía precapitalista. Si algunas tribus indias

/subordinan a

subordinan a tal punto el individuo al grupo que son impensables entre ellos una concurrencia o simplemente una rivalidad deportiva, todavía se trata de un hecho que no es extraño al historiador de la vida rural (56). Y si los economistas quedan estupefactos al ver que en los países atrasados los campesinos se niegan a dejar sus tierras a pesar de las ventajas financieras que les aseguraría un empleo en la industria, no dejan de encontrarse frente al mismo agudo problema que agitó a toda Europa en el Alba del capitalismo y sobre el cual la ciencia se ha inclinado desde Ure (56 bis); pero que solamente hoy son capaces de aprehender los economistas-sociólogos (57).

Dicho esto, el que la mayor parte de los economistas ignoren la historia no es más que un ruin consuelo para los historiadores que, por su parte, ignoran la economía!

V. DESARROLLO EN UNA SOLA DIRECCION Y DESARROLLO
EN VARIAS DIRECCIONES

A mi juicio, todas las consideraciones que preceden, se relacionan, de hecho, con el problema fundamental de la filosofía, de la cultura: ¿el desarrollo de la cultura, se hace en una sola dirección o bien en varias direcciones paralelas? Las comparaciones en el espacio no pueden prevalecerse de analogía metodológica con las comparaciones en el tiempo más que si se admite la noción de un desarrollo en dirección única.

La disputa es vieja, muy conocida. Los clásicos de la economía no habían albergado ninguna duda sobre la unicidad del sentido de ese desarrollo. Cuando Adam Smith decía que, para obtener el desarrollo de un país económicamente retrasado "serían suficiente muy pocas cosas... paz, impuestos poco elevados, una administración soportable y justicia, el resto seguiría por sí mismo" (58), no hacía más que expresar esta convicción. Hasta Karl Marx, por muy historiador que fuera, afirmaba en su introducción al Capital, que estudiando la formación y el funcionamiento del capitalismo en Inglaterra, se debía poder deducir de ese caso único, el porvenir que esperaba a todos los otros países del mundo.

Sin embargo, la pluralidad de los sentidos de la evolución, se ha formulado en las obras que tratan de la filosofía de la historia, la de Spengler y más recientemente la de Toynbee. Esta pluralidad se deja deducir implícitamente, además, de numerosas investigaciones de sociología, principalmente el funcionalismo de Malinowski y tal vez, también, el de Lévi-Strauss. Todas las conclusiones que proclaman la imposibilidad fundamental de comparar, están fundadas, conscientemente o no, sobre la concepción pluralista.

De cara a la situación actual del mundo, el optimismo de un Adam Smith, tal como aparece en la frase que hemos citado más arriba, ¡es verdaderamente anonadante! En cambio ¡qué bella es la teoría de Malinowski sobre la igualdad de las culturas heterogéneas! (59).

Mas esta querrela de las dos concepciones, la unitaria y la pluralista, ¿no habría llegado a un término en que podría formularse una teoría dialéctica de la unidad y la pluralidad, como puede hacerse para la
/duración y

duración y el cambio? ¿No serían la unidad y la pluralidad (la duración y el cambio), las dos caras, los dos aspectos, de un único y mismo proceso histórico? ¿Es que no podrían ser estudiados por la ciencia estos dos aspectos en un plano de igualdad? Y, finalmente, el problema de la vida de las ciencias, de la jerarquización de sus objetivos, de la determinación de sus postulados ¿no sería sólo un medio de estimar en su justo valor, el orden de urgencia de las necesidades de la hora?

La jerarquía de las urgencias resulta del vuelo interior de una ciencia, es cierto, pero en una mayor medida todavía, es el resultado de las exigencias de la vida misma. ¿Es que no consiste el deber más urgente en responder a las preguntas que surgen ante nuestro universo?

No tratemos, por tanto, de saber si la evolución de la cultura se ha producido hasta ahora en un sentido o en varios. Tomemos mejor, como punto de partida, el hecho asombroso de que el mundo de hoy ha aceptado como modelo el tipo de civilización industrial a que aspiran todas las sociedades del planeta (60). ¿Es un bien o un mal? Poco importa, es un hecho. La caída brutal de la dominación política europea sobre el mundo ha tenido por corolario la adopción por el mundo entero del modelo social creado por esta misma Europa despojada. Tal vez sea eso lo que constituya, a los ojos de la historia, su victoria más brillante y la más duradera.

Si la duración y la juventud de las ciencias históricas son eternas, si es siempre de una manera nueva como interrogan el pasado, hay que concluir que las preguntas planteadas por nuestra generación de historiadores al pasado, son las que atormentan nuestro presente. Si el problema fundamental de nuestra época es el de la unificación del planeta en los cuadros de la civilización industrial, tal vez el deber de la historia consista, en nuestros días, en interrogar al pasado con el propósito de descubrir lo que nos conduce a esta unificación. No vacilemos: recurramos a las largas duraciones y a los grandes espacios.

NOTAS

- (1) Annales, E.S.C., 1958 n° 4, p. 725-753. Cf. igualmente un artículo más viejo: "G. Gurvitch o la discontinuidad de lo social", Annales, E.S.C., 1953, n° 3, p. 347-361, y otro más reciente, "Historia y sociología", en el Tratado de Sociología publicado bajo la dirección de Georges Gurvitch, PUF, año 1959, I, p. 83-98.
- (2) Lo mismo Youngson, Rostow.
- (3) Buchanan y Ellis, Meier y Baldwin, Hoselitz.
- (4) Lewis, Hoffman, Kuznetz.
- (5) Se podría decir que los autores que escogen el término "growth", tienen tendencia a limitar su análisis a los elementos mensurables. Pero el ejemplo de Lewis contradice esta generalización.
- (6) "La larga duración", p. 736.
- (7) Aunque historiador yo mismo, debo dar la razón a nuestro gran enemigo Karl Menger (Die Irrthümer des Historismus in der Deutschen National-Ökonomie, Viena, 1884) predecesor de Charles Popper, Miseria del Historicismo, París.
- (8) J. Robinson, The Economics of Imperfect Competition, Londres, 1935.
- (9) E.H. Chamberlin, The Theory of Monopolistic Competition, Harvard University Pr.
- (10) Por ejemplo, los teoremas fundados sobre la existencia de un pequeño número de vendedores y sobre la dificultad o incluso la imposibilidad existente para los nuevos vendedores de penetrar en el mercado (W. Fellner, Competition Among the Few, Nueva York, 1949 y W.O. Arnt "Competition of the Few Among the Many", Quarterly Journal of Economics, LXX, 1956, p. 327-345) parecen convenir maravillosamente a los estudios sobre el mercado corporativo urbano o sobre la concurrencia entre el trigo proporcionado por los campesinos y el de los nobles!
- (11) A. Marshall, "The Principles of Political Economy". Recientemente se ha intentado una demostración poco convincente para probar que la problemática de la evolución económica no era ignorada por Marshall (B. Glassburner "Alfred Marshall on Economic History and Historical Development", Quarterly Journal of Economics, LXIX, 1955, p. 577-595).
- (12) J.M. Keynes, General Theory, 1927.
- (13) Mencionemos aquí el trabajo realizado por la National Bureau of Economic Research, en Nueva York y las múltiples publicaciones históricas de las oficinas estadísticas (por ej.: Historical Statistics of United States 1789-1945; U.S. Department of Commerce, Washington, 1949, y recientemente Sommario di Statistiche Storiche Italiane, 1861-1955, Istituto Centrale di Statistica, Roma, 1958).

/(14) Cuando

- (14) Cuando se ha tratado de profundizar el análisis de los fundamentos psicológicos de la economía, se ha hecho también partiendo de las posiciones netamente ahistorizantes (G. Katona, Psychological Analysis of Economical Behaviour, Nueva York, 1951). A. Lauterbach trata de ver las cosas desde un punto de vista más historicizante: Man, Motives and Money, Psychological Frontiers of Economics, Ithaca, Cornell University Press, 1954.
- (14bis) F.V. Hayek, Cientificismo y Ciencias Sociales, París.
- (15) James, Historia del Pensamiento Económico, IIa. parte, cap. 2 y 3. Sobre el plano del Welfare Economic, se ha criticado con razón la ingenua idea de que el social welfare podría ser establecido como una simple suma de individual welfares (Arrow, "Social Change and Individual Values", Journal of Political Economics, LX, oct. 1952).
- (16) Escribimos esto con perfecta conciencia de las tendencias mecanicistas que reinan en la econometría. A este respecto, el artículo hecho por Tinbergen sobre Schumpeter es particularmente interesante (L. Tinbergen, "Schumpeter and Quantitative Research in Economics", colección Schumpeter, Social Scientist, publicado por S. Harris, Harvard University Press, 1951, p. 59-61). Tinbergen llega, sin embargo, a la conclusión de que Schumpeter, el no mecanicista, conocía la vida y el hombre mejor que los creadores de los modelos econométricos.
- (17) F. Perroux "La generalización de la General Theory", Estambul, 1949, y J. Robinson "The Generalisation of the General Theory", Colección The Rate of Interest and other Essays, Londres, 1954, p. 57-142. Una importante fracción de los comentaristas y los críticos de Keynes emprendió la historicización de sus tesis: ver E. James, l. c. IIa parte, cap. 1 y 4.
- (18) Ver la crítica de las ideas de Keynes en un excelente artículo de P. Vilar "Problems of the Formation of Capitalism", Past and Present, nº 10, p. 15-38. Una excelente crítica de la teoría de Hamilton que ha gustado mucho a Keynes: Félix David, "Profit Inflation and Industrial Growth. The Historical Record and Contemporary Analogies", Quarterly Journal of Economics, LXX, 1956, p. 441-463.
- (19) A.K. Das Gupta, "Keynesian Economics and Underdeveloped Countries" y V. B. Singh "Keynesian Economics in Relation to Underdeveloped Countries", los dos en la colección Keynesian Economics. A Symposium, publicado por V.B. Singh, Delhi, 1956, p. 153-163 y 178-189. La actitud de Das Gupta es la del compromiso. Orientado en el mismo sentido: T. Barna, "International Comparisons of National Accounts in Economic Analysis", Income and Wealth, serie III, 1953, p. 154-5.
- (20) F. Perroux, "La generalización", art. cit., p. 14, R. Dehem, La eficacia social del sistema económico, Lovaina, 1952. E. James, l. c. IIa. parte, cap. I, 4, cap. IV, 2 y 3. Cf también el muy decepcionante libro publicado por D.A. Ward, The Goals of Economic
/Life, ed.

Life, ed. D.A. Ward, N. York, 1953, que es una apología del puritanismo americano (buena información de A. Caleb Smith, en American Economic Review, XLV, 1955, p. 149-154).

- (21) Por ej. Ingvar Svennilson, Growth and Stagnation in the European Economy. An Economic Commission for Europe. Columbia University Press, 1954.
- (22) F. Perroux, introducción al informe sobre "El crecimiento económico francés", por los miembros del Instituto de Ciencia Económica Aplicada, Income and Wealth, serie III, 1953. Tentativa interesante, pero discutible de construcción de modelos que varían según situaciones variadas: T.A. Haavelmo, A Study in the Theory of Economic Evolution, Amsterdam, 1954. El autor pasa en silencio, sin embargo, las transformaciones institucionales y las del tiempo corto, entre las cuales coloca, por otra parte, el paro, por ejemplo; el interés del ensayo consiste, sobre todo, en hacer resaltar la multiplicidad de modelos que hay que emplear incluso cuando se excluyen ciertos factores de primera importancia.
- (23) T. Barna, op. cit., p. 154. El mismo reproche se formula contra los modelos del tipo Harrod-Domar-Hicks por L. B. Veager, "Some Questions about Growth Economics", American Economics Review, XLIV, 1954, p. 62.
- (24) L. Febvre, Introduction a Charles Morazé, "Tres ensayos sobre la historia y la cultura", Cahiers des Annales; n° 2, París, 1947, p. VII.
- (25) S. Kuznetz, Programa de encuestas comparativas sobre el proceso de la industrialización en el mundo actual (mimeografiado), abril 1949.
- (26) W.W. Rostow, "The Take-off into self-sustained Growth", Economic Journal, LXVI, 1956.
- (27) Por ej. el congreso internacional de la Asociación Internacional de Ciencias Económicas en Santa Margherita, en 1953. Ver el Bulletin International des Sciences Sociales, VI, 1954, n° 2 y Economic Progress publicado por L. Dupriez, Lovaina, 1955.
- (28) Capital Formation and Economic Growth Conference. National Bureau of Economic Research, Nueva York, 1956.
- (29) Economic Development and Cultural Change, Chicago.
- (30) N.S. Buchanan y H.S. Ellis, Approach to Economic Development, N. York, 1955 y G.M. Meier and R.E. Baldwin, Economic Development, Theory, History, Policy, N. York, 1957.
- (31) R. Bowen Howard, "Graduate Education in Economics", American Economic Review, XLIII, Supl. 2a. parte, p. 111-112.
- (32) El cuestionario de Kuznetz puede ser de un gran socorro en este dominio.
- (33) Por ej., el material concerniente a la historia económica de Europa /oriental (donde

Oriental (donde se extiende la competencia del autor de este artículo), reunido en el libro de Buchanan y Ellis, le sugiere algunos temores.

- (34) A. Gerchenkron, "Economic Backwardness in Historical Perspective", en The Progress of Underdeveloped Areas, publicado por Bert Hozelitz, Universidad de Chicago, 1952, p. 3-29. Y, sobre todo, B.P. Hozelitz, "Patterns of Economic Growth", Canadian Journal of Economics and Political Sciences, XXI, 1955. En cierta medida el reciente libro de A.J. Youngson, Possibilities of Economic Progress, Cambridge University Press, 1959, se orienta en el mismo sentido analizando un solo fenómeno sobre cuatro ejemplos escogidos (Gran Bretaña, Suecia, Dinamarca y U.S.A.) R.H. Blodget, y D.L. Kemmerer, Comparative Economic Development, N. York, 1956. El tema tratado no justifica el primer vocablo del título.
- (35) W.W. Rostow ha llamado la atención sobre este punto en una conferencia pronunciada en el Instituto de Ciencia Económica Aplicada, París 15 de abril, 1959.
- (36) Morton R. Solomon, "The Structure of the Market in Underdeveloped Economies", Quarterly Journal of Economics, LXII, 1947, 48, p. 519-541, parece no haber sabido evitar algunas simplificaciones cuando analizando, antes de 1939, la estructura del mercado en algunas aldeas balcánicas atrasadas, no se ha dado cuenta de profundas consecuencias por el hecho de que el país se encontraba en la órbita de la economía internacional y que estaba explotado por el capital internacional como un depósito de materias primas. Cf. también, R.H. Holton, "Marketing Structure and Economic Development", Quarterly Journal of Economics, LXVII, 1953, p. 344-361 y la discusión que sigue. Hay ahí una enorme cantidad de hechos descriptivos reunidos. A título de ejemplo, indiquemos un estudio entre los más nuevos y penetrantes: S.C. Dube, Indian Village, Ithaca, Cornell University Press, 1955.
- (36bis) Mencionemos a título de ejemplos: A.P. Usher, "Prices of Wheat and Commodity Price Indexes for England, 1259-1930", Review of Economic Statistics, XIII, 1931, p. 103-113. E.H.P. Brown, and S.V. Hopkins, "Seven Centuries of Building Wages", Economica, 1955, p. 195-206 y "Seven Centuries of the Prices of Consumables Compared with Builders Wage-Rates", ibidem, 1956, p. 296-314.
- (37) S. Kuznetz, "Measurement of Economic Growth", Journal of Economic History, 1947, supl. p. 10-34.
- (38) S. Kuznetz, "Statistics and Economic History", Journal of Economic History, I, 1941, p. 26-41.
- (39) H. Hauser, Investigaciones y documentos sobre la historia de los precios en Francia de 1500 a 1800. París, 1936, introducción y la serie de posiciones adoptadas en las discusiones que tuvieron lugar en las sesiones de la Sociedad de Historia Moderna.

- (40) Informe en el Journal of Economical History de la traducción inglesa del libro de W. Hoffman, British Industry, 1700-1950, Londres, 1956. En ese caso preciso, naturalmente, la diferencia cualitativa de la hulla puede ser teóricamente reducida a una diferencia cuantitativa (de proporción entre las materias orgánicas y las no orgánicas) que, por falta de fuente, el historiador, por otra parte, no es capaz de captar.
- (41) Pigou, Economics of Welfare.
- (42) C. Clark, The Conditions of Economic Progress, 3a. parte, ed., Londres, 1957, p. 16.
- (43) C. Gini, "La comparabilidad en el tiempo y en el espacio de las evaluaciones de la renta nacional", Economía Aplicada, II, 1949, p. 7-26.
- (43bis) S.H. Frankel, The Economic Impact in Underdeveloped Societies. Essays in International Investment and Social Change, Oxford, 1955. Sobre todo, el ensayo III, Concepts of Income and Welfare and the Incomparability of National Income Aggregates, p. 29-55.
- (44) Sobre todo, F. Benham, "Income and Product in Underdeveloped Countries. Comments on the Paper of Professor Frankel", Income and Wealth, serie III, 1953, ed. M. Gilbert, p. 169-177. Parcialmente también, Rao V.K. "Some Reflections on Comparability of Real National Incomes of Industrialized and Underdeveloped Countries", ibidem p. 178-210.
- (45) De acuerdo con la humorada de Pigou, un hombre que se hubiera casado con su cocinera disminuiría así la renta nacional.
- (46) G. Milton and I.B. Kravis, "Empirical Problems in International Comparisons of National Product", Income and Wealth, IV, 1955, p. 101-112. M.A. Copeland, J. Jacobson, and B. Cloman, "Problems of International Comparisons of Income and Wealth", X, 1947, p. 133-159 y los trabajos anteriormente citados de Benham, Barna y Rao. Ta-Chung-Liu y Shan-Kwei Fong, "The Construction of National Income Tables and International Comparisons of National Incomes", Studies in Income and Wealth, VIII, 1946, p. 73-118.
- (46bis) Esta cuestión es subestimada, a nuestro juicio, en la bibliografía del tema.
- (47) Esta cuestión está ligada con el problema general de la aplicabilidad de los métodos estadísticos. Charles Morazé (Tres ensayos sobre la historia y la cultura) llama la atención, con razón, sobre un hecho que se podría llamar la relación entre el grado de democratización de la sociedad y la aplicabilidad del método estadístico.
- (48) Añadamos a eso que nada corresponde en el mercado a toda una serie de bienes y de servicios, producidos y consumidos en una economía doméstica. D.S. Brady, "Measurement and Interpretation of the Income Distribution in U.S.", Income and Wealth, VI, 1957, p. 94.
- (49) G. Milton y I.B. Kravis, lo han comprendido cuando han estudiado el
/problema de

- problema de la renta nacional, pero estos autores pueden permitirse hacer abstracción de ello, porque estudian una sociedad de civilización única, en un tiempo tan corto que prácticamente se le puede llamar presente. Op. cit. p. 109.
- (50) A.R. Eckler. "A Measure of the Severity of Depressions, 1873-1932" Review of Economic Statistics, XX, 1933, p. 75-81, e I.O. Ir. Scott, "A Comparison of Production during the Depression of 1873 and 1929", American Economic Review, XLII, 1952, p. 569-576.
- (51) B.D. Derksen, "Intertemporal Comparisons of Real National Income. An International Survey", Income and Wealth, serie I, 1951, p. 245-266, y Studies in Income and Wealth, XX, p. 195.
- (52) Es precisamente lo que constituye la tesis principal del artículo, profundamente historicizante, a nuestro juicio, de T. Barna, que hemos citado anteriormente.
- (53) F. Benham, op. cit., p. 170.
- (54) J. Baster, "Recent Literature on the Economic Development of Backward Areas", Quarterly Journal of Economics, LXVIII, 1954.
- (55) y (56) Id., id., id.
- (56bis) Ure, Philosophy of Manufacture.
- (57) W.E. Moore, "Industrialisation and Labor", Social Aspects of Economic Development, Ithaca, Cornell University Press, 1951, S.C. Dube, Indian Village, Ithaca, Cornell University Press, 1955, Ch. Wolf "Institutions and Economic Development", American Economic Review, XLV, 1955, p. 867-883.
- (58) A. Smith, Wealth of Nations, ed. Canan, Londres. 1930, p. XXXV.
- (59) Este declaraba, sin embargo, que conocía una sola prueba de superioridad de la civilización occidental sobre los "indígenas" - ¡los cañones!
- (60) Para dar un ejemplo de la inmensidad de la bibliografía existente sobre este proyecto, citaremos la discusión entablada alrededor de la industrialización eventual de Méjico. Por una parte, el libro de Frank Tennenbaum, Mexico, the Struggle for Peace and Bread, N. York, 1950, que demuestra que la industrialización de este país no sería racional, por la otra, la violenta réplica de Germán Para Manuel, La industrialización de México, 1954. Una controversia igualmente interesante tuvo lugar en el Congreso de la Asociación Internacional de Ciencias Económicas, en Santa Margherita, en 1953, donde algunos representantes de la ciencia occidental se esforzaban en probar la naturaleza fundamentalmente diferente de los criterios económicos occidentales y orientales y chocaron con la oposición de los economistas hindúes, que demostraron que "los deseos y las necesidades esenciales del hombre son los mismos en Oriente que en Occidente". Bulletin International des Sciences Sociales, 1954, VI, 2, P. 172, prefacio de G. Haberler.

